

## Familia

Anthony Giddens\*

De todos los cambios que ocurren en el mundo, ninguno supera en importancia a los que tienen lugar en nuestra vida privada -en la sexualidad, las relaciones, el matrimonio y la familia-. Hay en marcha una revolución mundial sobre cómo nos concebimos a nosotros mismos y cómo formamos lazos y relaciones con los demás. Es una revolución que avanza desigualmente en diferentes regiones y culturas, con muchas resistencias.

Como en otros aspectos de este mundo desbocado, no sabemos bien cuáles serán los términos relativos de ventajas y desventajas. En algunos sentidos, son las transformaciones más complicadas e inquietantes de todas. La mayoría de nosotros puede aislarse de problemas mayores durante bastante tiempo -una de las razones por las que es difícil trabajar en común para resolverlos-. No podemos abstraernos, sin embargo, del torbellino de cambios que llegan hasta el corazón mismo de nuestra vida emocional.

Hay pocos países en el mundo donde no haya un debate intenso sobre la igualdad sexual, la regulación de la sexualidad y el futuro de la familia. Y donde no hay discusión abierta es, sobre todo, porque es reprimida activamente por gobiernos autoritarios o grupos fundamentalistas. En muchos casos, estas controversias son nacionales o locales -igual que las reacciones sociales y políticas a ellas-. Políticos y *grupos de presión* sugerirán que si la política familiar fuera modificada, con sólo que el divorcio fuera dificultado o facilitado en un país determinado, podrían encontrarse rápidamente las soluciones a nuestros problemas.

Pero las transformaciones que afectan a la esfera personal y emocional van mucho más allá de las fronteras de cualquier país, incluso de uno tan grande como Estados Unidos. Encontramos pautas similares casi en cualquier lugar: varía sólo el grado y el contexto cultural en el que se desarrollan.

---

\* En: Giddens, Anthony. *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Capítulo 4. Taurus, Madrid, 2000. pp. 65-80.

En China, por ejemplo, el Estado estudia poner trabas al divorcio. Como consecuencia de la revolución cultural, se aprobaron leyes matrimoniales muy liberales. Según estas normas, el matrimonio se considera un contrato que puede disolverse "cuando el marido y la mujer lo deseen". Incluso si un cónyuge se opone, puede concederse el divorcio cuando el "afecto mutuo" haya desaparecido. Sólo se requiere una espera de dos semanas, después de la cual los esposos pagan cuatro dólares y son, en adelante, independientes. La tasa china de divorcio es todavía baja comparada con la de los países occidentales, pero está creciendo rápidamente -al igual que en las demás sociedades asiáticas en desarrollo-. En las ciudades chinas es cada vez más frecuente no sólo el divorcio, sino también la cohabitación. En cambio, en el inmenso campo chino, todo es diferente. El matrimonio y la familia son mucho más tradicionales -a pesar de la política oficial de limitar los nacimientos con una mezcla de incentivos y castigos-. El matrimonio es un acuerdo entre dos familias, fijado por los padres en lugar de por los individuos afectados. Un estudio reciente en la provincia de Gansu, de bajo nivel de desarrollo económico, descubrió que un 60 por 100 de los matrimonios eran todavía concertados por los padres. Como dice un refrán chino: Te la presentan, saludas y te casas". Hay situaciones paradójicas en la China que se moderniza. Muchos de los que se divorcian ahora en los centros urbanos se habían casado a la manera tradicional en el campo.

En China se habla mucho de proteger la familia. En muchos países occidentales el debate es aún más ruidoso, pues esta institución conforma un ámbito para los conflictos entre tradición y modernidad, pero también es una metáfora de ellos. Hay quizá más nostalgia del refugio perdido de la familia que de ninguna otra institución que hunda sus raíces en el pasado. Políticos y activistas diagnostican continuamente la crisis de la vida familiar y piden un retorno a la tradición.

La *familia tradicional* se parece mucho a un cajón de sastre. Ha habido muchos tipos diferentes de familia y sistema de parentesco en diferentes sociedades y culturas. La familia china, por ejemplo, siempre fue distinta de las formas occidentales. El matrimonio concertado nunca fue tan común en los países europeos como en China o India. Pero la familia en culturas no modernas tenía, y tiene, algunos rasgos que se encuentran más o menos en todas partes.

La familia tradicional era, sobre todo, una unidad económica. La producción agrícola involucraba normalmente a todo el grupo familiar, mientras que entre las clases acomodadas y la aristocracia la transmisión de la propiedad era la base principal del matrimonio. En la Europa medieval el matrimonio no se contraía sobre la base del amor

sexual, ni se consideraba como un espacio donde el amor debía florecer. Como dice el historiador francés Georges Duby, el matrimonio en la Edad Media no debía incluir "frivolidad, pasión o fantasía".

La desigualdad de hombres y mujeres era intrínseca a la familia tradicional. No se debe pasar por alto la importancia de este fenómeno. En Europa las mujeres eran propiedad de sus maridos o padres vasallos, como recogía la ley-. La desigualdad entre hombres y mujeres se extendía, por supuesto, a la vida sexual. El doble rasero sexual estaba directamente vinculado a la necesidad de asegurar la continuidad del linaje y la herencia. Durante gran parte de la historia los hombres se han valido amplia, y a veces conspicuamente, de amantes, cortesanas y prostitutas. Los más ricos tenían aventuras \*amorosas con sus sirvientas. Pero los hombres tenían que asegurarse de que sus mujeres fueran las madres de sus hijos. Lo que se ensalzaba en las chicas respetables era la virginidad y, en las esposas, la constancia y la fidelidad.

En la familia tradicional no eran sólo las mujeres las que no tenían derechos: tampoco los niños. La idea de consagrar los derechos infantiles en la ley es, en términos históricos, relativamente reciente. En periodos pre-modernos, al igual que en culturas tradicionales hoy día, no se criaba a los niños por su bien o para la satisfacción de los padres. Uno podría casi decir que no se les reconocía como individuos. No era que los padres no quisieran a sus hijos, pero se preocupaban más por la contribución que hacían a la actividad económica común que por ellos mismos. Además, la tasa de mortalidad infantil era aterradora. En el siglo XVII en Europa y América casi uno de cada cuatro bebés moría en su primer año de vida. Casi el 50 por 100 no llegaba a cumplir diez.

Excepto en ciertos grupos elegantes o de élite, la sexualidad en la familia tradicional estaba dominada por la reproducción. Era una cuestión de tradición y naturaleza combinadas. La ausencia de contracepción eficaz significaba que para la mayoría de las mujeres la sexualidad estaba, inevitablemente, vinculada estrechamente al parto. En muchas culturas tradicionales, incluida Europa occidental hasta el umbral del siglo XX, una mujer podía tener diez o más embarazos durante su vida.

Por las razones ya expuestas, la sexualidad estaba dominada por la idea de la virtud femenina. El doble rasero sexual se suele considerar una creación de la Inglaterra victoriana. En realidad, en una u otra versión, era básica en todas las sociedades no modernas. Implicaba una visión dual de la sexualidad femenina -una división inequívoca entre la mujer virtuosa, por un lado, y la libertina, por otro-. En muchas culturas la aventura sexual se ha tomado

como un rasgo definitorio positivo de la masculinidad. James Bond es, o era, admirado por su heroísmo sexual, además del físico. Las mujeres sexualmente aventureras, por contraste, han sido casi siempre rechazadas, por mucha influencia que las amantes de alguna figura prominente llegaran a tener.

Las actitudes hacia la homosexualidad también estaban regidas por una mezcla de tradición y cultura. Estudios antropológicos muestran que la homosexualidad -al menos la masculina- ha sido tolerada, o abiertamente aceptada, en más culturas de las que ha sido proscrita. En algunas sociedades, por ejemplo, se animaba a los chicos jóvenes a establecer relaciones homosexuales con hombres mayores como forma de tutela sexual. Se esperaba que estas actividades cesaran cuando los jóvenes se comprometieran o casaran. Las sociedades que han sido hostiles a la homosexualidad la han condenado normalmente por considerarla intrínsecamente antinatural. Las actitudes occidentales han sido de las más extremas; hace menos de medio siglo la homosexualidad era considerada, en general, una perversión, y así venía descrita en manuales de psiquiatría.

Por supuesto, el antagonismo hacia la homosexualidad todavía es generalizado, y mucha gente mantiene la visión dual de las mujeres -hombres y mujeres por igual-. En las últimas décadas, no obstante, los elementos esenciales de la vida sexual en Occidente han cambiado decisivamente de forma absoluta. La separación entre sexualidad y reproducción es, en principio, total. La sexualidad, por primera vez, es algo a ser descubierto, moldeado, transformado. La sexualidad, que solía definirse tan estrictamente en relación al matrimonio y a la legitimidad, tiene ahora poca conexión con ello. No debemos ver la aceptación creciente de la homosexualidad sólo como ofrenda a la tolerancia liberal. Es un resultado lógico de la ruptura entre sexualidad y reproducción. La sexualidad sin objeto ya no está, por definición, dominada por la heterosexualidad.

Lo que en la mayoría de los países occidentales sus defensores llaman la familia tradicional fue, en realidad, una fase tardía, transicional, en el desarrollo familiar durante la década de los años cincuenta. Era un tiempo en el que la proporción de mujeres con empleo era todavía relativamente baja y en el que aún era difícil, especialmente para ellas, obtener el divorcio sin estigma. Sin embargo, los hombres y mujeres de este tiempo eran más iguales de lo que habían sido con anterioridad, tanto de hecho como ante la ley. La familia había dejado de ser una entidad económica, y la idea de amor romántico como base del matrimonio había reemplazado al matrimonio como contrato económico. Desde entonces la familia ha cambiado aún mucho más.

Los detalles varían de sociedad a sociedad, pero las pautas son visibles casi en cualquier parte del mundo industrializado. Sólo una minoría de gente vive ahora en lo que podríamos llamar la familia estándar de los años cincuenta -ambos padres viviendo juntos con sus hijos matrimoniales, la madre ama de casa a tiempo completo y el padre ganando el pan-. En algunos países más de una tercera parte de todos los nacimientos tienen lugar fuera del matrimonio, mientras que la proporción de gente que vive sola ha crecido exorbitantemente y parece probable que lo haga aún más. En muchas sociedades, como Estados Unidos o Gran Bretaña, el matrimonio sigue siendo muy popular -se han calificado, adecuadamente, como sociedades de mucho divorcio y mucho matrimonio-. En Escandinavia, por el contrario, una proporción alta de la gente que vive junta, incluida la que tiene hijos, no está casada. Una cuarta parte de las mujeres entre 18 y 35 años en Estados Unidos y Europa afirma que no quiere tener niños, y parecen decirlo en serio.

En todos los países se mantiene una diversidad de formas familiares. En EE.UU mucha gente, inmigrantes recientes especialmente, vive todavía conforme a los valores tradicionales. Gran parte de la vida familiar, sin embargo, se ha transformado por el desarrollo de la *pareja*. El matrimonio y la familia se han convertido en lo que denominé en el capítulo 1 instituciones concha: se llaman igual, pero han cambiado en sus características básicas. En la familia tradicional la pareja casada era sólo una parte, y con frecuencia no la principal, del sistema familiar. Los lazos con los niños y con otros parientes solían ser igual de importantes, o más, en el discurrir diario de la vida social. Hoy la pareja, casada o no, está en el núcleo de la familia. La pareja vino al centro de la vida familiar al menguar el papel económico de la familia y convertirse el amor, o el amor más la atracción sexual, en la base de los lazos matrimoniales.

Una vez constituida, una pareja tiene su propia y exclusiva historia, su propia biografía. Es una unidad basada en la comunicación emocional o intimidad. La idea de intimidad, como tantas otras ideas familiares que he abordado en este libro, suena vieja, pero es, en realidad, muy nueva. El matrimonio nunca antes se había basado en la intimidad -comunicación emocional-. Por supuesto, esto era importante para un buen matrimonio, pero no su fundamento. Para la pareja sí lo es. La comunicación es, en primer lugar, la forma de establecer el vínculo, y también el motivo principal de su continuación.

Hemos de reconocer la gran transición que supone esto. *Emparejarse y desparejarse* son ahora una mejor descripción de la situación de la vida personal que *el matrimonio y la familia*. Es más importante para nosotros la pregunta "¿tienes una relación?" que "¿estás casado?" La idea de una relación es también sorprendentemente reciente. En la década de los sesenta nadie hablaba de *relaciones*. No lo necesitaban, ni tampoco hablar en términos de intimidad y

compromiso. El matrimonio en ese tiempo era el compromiso, como atestiguaba la existencia de matrimonios a la fuerza.

En la familia tradicional el matrimonio era un poco como un estado de la naturaleza. Tanto para hombres como para mujeres estaba definido como una etapa de la vida que la gran mayoría tenía que vivir. A los que permanecían fuera se les miraba con cierto menosprecio o condescendencia, especialmente a la solterona, pero también al soltero si lo era durante demasiado tiempo.

Mientras que estadísticamente el matrimonio todavía es la condición normal para la mayoría de la gente, su significado ha cambiado totalmente. El matrimonio significa que una pareja está en una relación estable y puede, en efecto, promover esa estabilidad, pues hace una declaración pública de compromiso. Sin embargo, el matrimonio ya no es el principal elemento definitorio de la pareja.

La posición de los niños en todo esto es interesante y algo paradójica. Nuestras actitudes hacia ellos y su protección han cambiado radicalmente en las últimas generaciones. En parte, apreciamos tanto a los niños porque se han vuelto mucho más escasos, y porque la decisión de tener un hijo es muy distinta de lo que era para generaciones anteriores. En la familia tradicional los niños eran un beneficio económico. Hoy, por el contrario, en los países occidentales un niño supone una gran carga económica para los padres. Tener un hijo es una decisión más concreta y específica que antes, y está impulsada por necesidades psicológicas y emocionales. La preocupación sobre los efectos del divorcio en los niños y la existencia de muchas familias sin padre han de entenderse en el marco de nuestras expectativas, muy superiores, sobre cómo han de criarse y protegerse los niños.

Hay tres áreas principales en las que la comunicación emocional, y, por tanto, la intimidad, están reemplazando los viejos lazos que solían unir las vidas privadas de la gente -las relaciones sexuales y amorosas, las relaciones padre-hijo y la amistad.

Para analizarlas quiero utilizar la idea de la *relación pura*. Me refiero a una relación basada en la comunicación emocional, en la que las recompensas derivadas de la misma son la base primordial para que la misma continúe. No me refiero a una relación sexualmente pura. Tampoco a nada que exista en realidad. Estoy hablando de una idea abstracta que nos ayude a entender los cambios que se están produciendo en el mundo. Cada una de las tres áreas mencionadas -relaciones sexuales y amorosas, relaciones padre-hijo y amistad- tiende a

aproximarse a este modelo. La comunicación emocional o intimidad se convierte en la clave de lo que todas ellas significan.

La relación pura tiene dinámicas bastante diferentes de los tipos más tradicionales de vínculos sociales. Depende de procesos de confianza activa -abrirse al otro-. *Mostrarse* es la condición básica de la intimidad. La relación pura es implícitamente democrática. Cuando empecé a trabajar en el estudio de las relaciones íntimas leí mucha literatura terapéutica y de autoayuda sobre el tema. Me llamó la atención algo que creo no se ha subrayado debidamente. Si uno observa cómo ve un terapeuta una buena relación -en cualquiera de las tres esferas mencionadas-, es impresionante el paralelismo directo que hay con la democracia pública.

Una buena relación, no hace falta decirlo, es un ideal -la mayoría de las relaciones corrientes tan siquiera se acercan a él-. No estoy sugiriendo que nuestras relaciones con cónyuges, amantes, niños o amigos no sean, muchas veces, liosas, conflictivas e insatisfactorias. Pero los principios de la democracia también son ideales que, a menudo, se encuentran bastante alejados de la realidad.

Una buena relación es una de iguales en la que cada parte tiene los mismos derechos y obligaciones, en la que cada persona tiene respeto y quiere lo mejor para el otro. La relación pura se basa en la comunicación, de manera que entender el punto de vista de la otra persona es esencial. Hablar, o dialogar, es la base para que la relación funcione. Las relaciones funcionan mejor si la gente no se esconde demasiado de los otros -tiene que haber confianza mutua-. Y la confianza ha de construirse, no se puede dar por sentada. Finalmente, una buena relación está libre de poder arbitrario, coerción o violencia.

Todas estas cualidades se amoldan a los valores de la política democrática. En una democracia todos son, en principio, iguales, y con la igualdad de derechos y responsabilidades -como principio, por lo menos- viene el respeto mutuo. El diálogo abierto es una propiedad esencial de la democracia. Los sistemas democráticos sustituyen al poder autoritario, o al poder sedimentado de la tradición, por la discusión abierta de problemas -un espacio público de diálogo-. Ninguna democracia puede funcionar sin confianza. Y la democracia se resquebraja si da paso al autoritarismo o a la violencia.

Cuando aplicamos estos principios -como ideales- a las relaciones estamos hablando de algo muy importante: la posible emergencia de lo que llamaré una democracia de las

emociones en la vida diaria. Una democracia de las emociones, estimo, es tan importante como la democracia pública para mejorar la calidad de nuestras vidas.

Esto vale para las relaciones padre-hijo igual que para otros ámbitos. Éstos no pueden, ni deben, ser materialmente iguales. Los padres deben tener autoridad sobre los niños, en interés de todos. Pero deberían presumir una igualdad como principio. En una familia democrática la autoridad de los padres debería estar basada en un contrato implícito. El padre, en efecto, dice al hijo: "Si fueras un adulto y supieras lo que yo sé, estarías de acuerdo en que lo que te pido es bueno para ti". Los niños de las familias tradicionales debían -y deben- ser vistos, pero no oídos. A muchos padres, quizá desesperados por la rebeldía de sus hijos, les gustaría profundamente resucitar esa regla. Pero no hay marcha atrás, y no debería haberla. En una democracia de las emociones los niños pueden, y deben ser capaces de, replicar.

Una democracia de las emociones no implica falta de disciplina o ausencia de respeto. Busca, sencillamente, darles una nueva dimensión. Ocurrió algo muy similar en la esfera pública cuando la democracia empezó a sustituir el mando arbitrario y el poder de la fuerza.

Una democracia de las emociones no haría distinciones, por principio, entre relaciones heterosexuales y homosexuales. Los gays, más que los heterosexuales, han sido pioneros en el descubrimiento del nuevo mundo de las relaciones y en explorar sus posibilidades. Han tenido que serlo, porque cuando la homosexualidad salió del armario los gays no podían depender de los apoyos corrientes del matrimonio tradicional.

Hablar de fomentar una democracia emocional no implica debilidad respecto a los deberes familiares, ni sobre las políticas públicas hacia la familia. Democracia significa aceptación de obligaciones, además de derechos protegidos en la ley. La protección de los niños tiene que ser el rasgo primario de la legislación y la acción pública. Debería obligarse legalmente a los padres a mantener a sus hijos hasta la edad adulta, independientemente de cómo decidan vivir. El matrimonio ya no es una institución económica, pero como compromiso ritual puede ayudar a estabilizar relaciones por otra parte frágiles. Si esto se acepta para las relaciones heterosexuales debe valer también para las homosexuales.

Hay muchas preguntas que hacer sobre todo esto -demasiadas para responder en un capítulo corto-. La más obvia es que me he centrado principalmente en las tendencias que afectan a la familia en los países occidentales. ¿Qué pasa con las zonas donde la familia tradicional permanece casi intacta, como en el ejemplo de China con el que comencé? ¿Se volverán los cambios observados en Occidente más y más globales?

Creo que sí -de hecho, ya mismo-. No es cuestión de si las formas existentes de familia tradicional se modificarán, sino de cuándo y cómo. Me aventuraría aún más. Lo que he descrito como una incipiente democracia de las emociones está en primera línea del conflicto entre cosmopolitismo y fundamentalismo que expliqué anteriormente. La igualdad de los sexos y la libertad sexual de las mujeres, que son incompatibles con la familia tradicional, son un anatema para los grupos fundamentalistas. La oposición a ello, de hecho, es uno de los rasgos definitorios del fundamentalismo religioso mundial.

Hay muchas cosas preocupantes en el estado actual de la familia, en Occidente y fuera de él. Es igual de erróneo decir que toda forma familiar es tan buena como cualquier otra como mantener que la decadencia de la familia tradicional es un desastre. Daría la vuelta completamente al argumento de la derecha política y fundamentalista. La subsistencia de la familia tradicional -o de aspectos de ella- en muchas partes del mundo es más inquietante que su declive. Pues ¿cuáles son las fuerzas más importantes que promueven la democracia y el desarrollo económico en los países pobres? Precisamente la igualdad y educación de la mujer. ¿Y qué debe cambiar para que esto sea posible? Sobre todo, la familia tradicional.

La igualdad sexual no es sólo un principio nuclear de la democracia. Es también relevante para la felicidad y la realización personal. Muchos de los cambios que está experimentando la familia son problemáticos y difíciles. Pero hay estudios en Estados Unidos y Europa que demuestran que poca gente quiere regresar a los papeles tradicionales del macho y de la hembra o a la desigualdad sancionada legalmente. Si alguna vez me tienta pensar que la familia tradicional puede ser, después de todo, la mejor, me acuerdo de lo que mi tía abuela me dijo una vez. Debí de tener uno de los matrimonios más largos conocidos: estuvo con su marido más de sesenta años. Una vez me confesó que había sido profundamente infeliz con él la mayoría del tiempo. En su época no había escapatoria.